



Es claro, el sistema aduanal mexicano no sólo tiene fallas, sino evidente proclividad a la corruptela; desde sus inicios, ha sido un organismo donde se tejen todo tipo de picardías, siempre en perjuicio del ciudadano, a quien se extorsiona de manera vil, poniéndole múltiples obstáculos.



Cuando López Portillo mal gobernó el país, me dediqué a la importación de vinos, particularmente de Europa y Chile; asimismo de libros y figuras de porcelana; pero de modo sistemático, fui víctima de todo tipo de “atracos aduanales”; me topé con muchos entes en verdad “hambrientos” y “putrefactos” hasta la saciedad, incluidos altos funcionarios, sin dejar de lado a seres mangantes de sindicatos portuarios, los cuales, sin mayor prudencia, abrían contenedores para extraer artículos al por mayor; por supuesto, ello después de haber cubierto la respectiva y obligada “mordida”. Por más que se diga, las cosas no han cambiado un ápice.

Cualquier ciudadano que llegue al aeropuerto capitalino, o a cualquier otro de nuestra República, sufrirá las extralimitaciones y perversidad de los malos agentes aduanales, quienes se quedarán con infinidad de objetos, reportándolos como artículos abandonados.

Semáforos inútiles



Es un martirio llegar de Sudamérica, porque para los trabajadores aduanales aztecas, todos los que arriban de aquellas tierras son criminales y para quienes los Derechos Humanos simplemente no existen.

Teóricamente, para acabar con la corrupción se inventaron los semáforos fiscales, esto es, cada viajero aprieta un botón y si aparece luz verde puede pasar sin ser objeto de revisión, empero se les checarán sus cosas si el dispositivo marca rojo. No obstante, hoy dichos semáforos no sirven para nada, ya que cuando el empleado aduanal –por lo general, un individuo sátrapa, prepotente, arbitrario e insolente– considera sospechoso algún bulto o maleta, sin el más mínimo respeto al pasajero, “hurga” con sus manos sucias todo el equipaje, incluidas prendas íntimas.

Quejarse no sirve de nada, sólo se perderá el tiempo.

Si había un lugar donde eran más marcadas las marrullerías del personal de aduanas, era en el aeropuerto de Tijuana, donde el descarado en el tema del robo al viajero era inusitado. Sin embargo, recientemente me llevé una grata sorpresa, la aduana del Aeropuerto de Tijuana había desaparecido, y es que en realidad ahí se daba un doble registro, ya que aparte del referido semáforo fiscal, otros elementos de la aduana inspeccionaban a todo mundo, y con frecuencia se pagaba doble tributación. Es sin duda un acierto y algo muy saludable, que hoy aduanas dependa del SAT; empero ahora, lo patético es pasar por la aduana de San Isidro a Tijuana, todo un viacrucis, ya que el famoso semáforo fiscal para nada se respeta.



Arbitrariedades

En el pasado cercano, tuve una horrenda experiencia. Acudí a la ciudad de San Diego a un evento académico, al que convocó el destacado jurista y juez norteamericano, Rafael Arreola, quien al finalizar el compromiso, amablemente nos acompañó a mi familia y a mí al aeropuerto de Tijuana; pero al pasar por la garita de Otai, aproximadamente a las 12:34 p.m. fuimos “asaltados” por dos sujetos de aduanas, cuyos supuestos nombres eran Rogelio Beltrán y Fernanda López, digo supuestos, porque no traían consigo ninguna identificación que así lo confirmara. Beltrán y López, en forma abusiva bajaron una maleta modesta, obviamente no traía nada, pero con actitud soberbia y colmada de desprecio, Fernanda López espetó, “los chilangos siempre llevan cosas de más”; ante ello evidentemente protesté, y le pedí hablar con su supervisor, pero de manera prepotente dijo “yo soy la supervisora”, agregando “si quiere puedo detener su maleta y lo más seguro es que pierda el vuelo”; ante tal cinismo, tuve que literalmente “comerme mi coraje” y aceptar la arbitrariedad de esos sátrapas. Lo que no hice ni

ADUANAS

Escrito por Eduardo López Betancourt
Jueves, 26 de Febrero de 2015 09:30

haré, es formular una queja, ya que como señalé en líneas anteriores, perdería el tiempo.

En México tenemos a los peores servidores públicos del planeta, no importa del partido que provengan, casi todos son descuideros, mandrias e inicuos. Para combatir este mal endémico, debe hacerse una asepsia a profundidad, empezando por las altas esferas gubernamentales, algo que parece imposible, más resulta esencial mantener la esperanza.

elb@unam.mx